Año XIII, No. 26, Otoño 2025 ISSN: 2314-1204

REY DESNUDO
REVISTA DE LIBROS

Dossier: Veinte años de *Pasaporte a la Utopía*

Pasaporte para ingresar a un país extraño. Extrañamiento, modernidad clásica y trabajo historiador

María Juliana Gandini

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales/
Universidad Nacional de San Martin -
Universidad Nacional de Lujan - CONICET

jgandini@unsam.edu.ar

Fecha de recepción: 19/04/2025
Fecha de aprobación: 24/04/2025

Se impone pedir disculpas por comenzar con algunas notas autobiográficas en esta celebración de los veinte años de la edición de *Pasaporte a la Utopía*[1]. Pero tanto el libro como las actividades docentes y de investigación que Rogelio C. Paredes llevó adelante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires son aspectos centrales de lo que creo constituye mi identidad como historiadora. Me había anotado en la carrera de Historia con la intención de dedicarme a la historia antigua clásica. Pero en el inclemente 2002 argentino cursé Historia Moderna, en donde los teóricos del Profesor José Emilio

1 Rogelio C. Paredes, *Pasaporte a la utopía. Literatura, individuo y modernidad en Europa (1680-1780)* (Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila y Universidad de Buenos Aires, 2004).

Burucúa y los teórico-prácticos de Rogelio dedicados a la revolución en las Provincias Unidas y en Inglaterra me reorientaron hacia la modernidad temprana. Sin negar por supuesto lo apasionante de la historia antigua clásica —con la cual sigo manteniendo un entrañable vínculo vicario gracias a colegas y amigos dedicados al área— descubrí en la modernidad temprana un período en el cual, en sus palabras, "la intensidad y extensión del cambio material y espiritual del entorno es una experiencia social compartida de una manera general por todos los sectores sociales", un proceso "esperanzador o destructivo, pero siempre catastrófico" que "ha venido a constituir un dato perceptible, estético al fin, de la vida de cada día" (p. 13). Aunque todavía faltaban dos años para la publicación de *Pasaporte a la Utopía,* este curso dedicado a la noción de revolución y sus florecimientos entre los siglos XVI y XVIII presentaba ya una caracterización del mundo de la modernidad temprana que mezclaba emancipación y enajenación, destrucción y esperanzas.

Tal fue el impacto de este programa y de sus docentes que en el verano de 2002-2003 cursé el seminario "Tradición clásica y mundo moderno" que dictó Burucúa. Allí Rogelio realizó una memorable intervención dedicada al *Cymbalum Mundi,* enigmática obra francesa de 1537 que había traducido para la colección "Libros raros, olvidados y curiosos", colección en la cual muchos de los modernistas de mi generación encontramos también las primeras brasas de nuestras vocaciones[2]. El seminario, que seguía las huellas de la reflexión de Aby Warburg sobre la modernidad, cimentó esa perspectiva de la experiencia moderna como un magnífico e irresistible escenario de transformaciones, en las cuales distintos estratos del pasado —el clásico, el medieval— entraban en un vínculo complejo con el presente de quienes comenzaban a percibirlos como una alteridad. El último eslabón en esta genealogía personal del despertar vocacional fue otro seminario que cursé con Rogelio en 2004, contemporáneo a la edición de *Pasaporte a la Utopía,* titulado "Viajes reales e imaginarios en la Europa Moderna temprana". El seminario estaba dedicado a la práctica social del viaje en el período, entendido como un dispositivo experiencial y escriturario. Allí escuché por primera vez a Rogelio establecer, con su erudición y perspicacia características, los vínculos entre la conformación histórica de la identidad europea y los viajes, la construcción de una dialéctica establecida entre mismidad y alteridad o los réditos económicos, sociales y simbólicos implicados

2 Bonaventure des Périers, *Cymbalum Mundi*, trad. Rogelio Paredes, Colección de libros raros, olvidados y curiosos (Buenos Aires: Subsecretaría de Publicaciones, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000).

en la producción de relatos de viaje. A raíz de este seminario y de otro que le siguió en 2005, decidí que quería dedicarme a estudiar la modernidad clásica en una perspectiva ultramarina, analizando cómo la redefinición del orbe, de la humanidad y de las formas de conocerlos se ubicaban en ese escenario de transformaciones modernas. Allí conocí también a mis queridísimas colegas, Malena López Palmero y Carolina Martínez, con quienes conformamos un pequeño, productivo y feliz grupo de investigación y solidaridad que dirigió Rogelio hasta su muerte en 2014 y que continúa funcionando como triunvirato femenino.

Veinte años después de todo ello —y terminando lo estrictamente autobiográfico— sigo pensando y experimentando en ese formidable laboratorio de posibilidades, tan atractivas como temibles, que fue la temprana modernidad en un contexto mundializado. *Pasaporte a la Utopía*, como síntesis de algunas de las ideas centrales del pensamiento histórico e historiográfico de Paredes, fue el visado que me permitió adentrarme en ese convulso pasado, objetivándolo como un problema histórico, por un lado, y otorgándome, por el otro, las herramientas metodológicas para abordarlo. Como su referente renacentista, es un libro verdaderamente dorado y sin duda beneficioso, aunque el componente festivo sea más escaso en su contenido. Las esperanzas de la modernidad, que "de los reyes hace dioses y de las modestas criaturas hace reyes" —el epígrafe shakesperiano del segundo capítulo— son también aquellas que demandan "un cataclismo refundador" (p. 38), como se indica en sus párrafos finales. Pero dentro de ese horizonte de apuestas y riesgos propios del mundo moderno (el de Thomas More, el de Voltaire, el nuestro), la edición y ahora el homenaje a *Pasaporte a la Utopía* son motivos continuos de alegría: por su fecundidad, su vigencia y su hospitalidad para todos quienes quieran entender mejor este mundo convulso de ayer (y de hoy) y deseen explorar algunas estrategias para hacerlo más habitable y humano.

Me gustaría centrarme en un elemento particular del libro: su interés por el extrañamiento. Este procedimiento, que Paredes retomó a partir de las formulaciones de Carlo Ginzburg[3], excede los límites de lo literario y se transforma en un mecanismo cognitivo central para navegar uno de los rasgos que consideraba definitorios de la modernidad. El extrañamiento moderno resultaba de descubrir la distancia insalvable entre el individuo y su entorno y la perplejidad resultante de

3 Carlo Ginzburg, *Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza* (Milán: Feltrinelli, 2011 [1998]).

comprenderlo como ajeno. Era también el punto de partida de capacidades creadoras que tenían como fin transformarlo, con la conciencia de que ese alienante mundo de referencia era tan irremplazable como incitante y peligroso (p. 14). En términos historiográficos, Rogelio encontró que los dispositivos de extrañamiento (que podían encontrase en la perspectiva del viajero a tierras lejanas, en la transformación de la vida en biografía o en las ponderaciones sobre el fuero íntimo y el poder) eran índices de la intensificación de los procesos de alienación, realización e individualización propios de la modernidad. En términos metodológicos, implicó un acercamiento tan curioso como cuidadoso hacia el pasado, atento a diferencias y continuidades, que constituye el punto de partida para la labor historiadora.

El extrañamiento como problema histórico: la humanidad y su curso según Jonathan Swift

Veamos el primero de estos dos puntos. En *Pasaporte a la Utopía* se construye un *corpus* en torno al extrañamiento moderno como experiencia y como impulso a la escritura. Así las obras de los británicos Swift y Daniel Defoe, de los españoles Benito de Feijoo y Montenegro, Ramón de la Cruz, Tomás de Iriarte, José de Cadalso y Vázquez y Gaspar Melchor Jovellanos y Ramírez y de los franceses Voltaire y Denis Diderot, son consideradas como síntomas de ese descubrimiento del propio entorno como algo inevitable y alógeno, en que las posibilidades de alienación o emancipación estaban presentes y demandaban respuestas que corroían las propias condiciones —personales y sociales— de realización.

Uno de los escenarios en los que el extrañamiento moderno se hizo más explícito fueron las narrativas dedicadas a los viajes, uno de los géneros más favorecidos y prolíficos entre los siglos XVI y XVIII. La modernidad, nos dice Paredes, "comienza con los viajes ultramarinos y se prolonga y profundiza con ellos" (p. 39), por lo que las experiencias y los relatos vinculados al viaje a tierras extrañas resultan inseparables de ella. La dialéctica de desconocimiento-reconocimiento proyectada a seres humanos, costumbres, geografías, plantas y animales de ultramar iba acompañada inevitablemente de otra que vinculaba alteridad y mismidad: la reflexión, la duda y la sorpresa lanzada sobre realidades desconocidas para los europeos se volvía también hacia ellos, como una herramienta de auto conocimiento y crítica. El extrañamiento, en definitiva, se proyectaba hacia el mundo ultramarino y volvía refractado en dirección a los europeos y a su propia sociedad.

Dentro de los relatos de viaje analizados en *Pasaporte a la Utopía*, mi preferido fue siempre ese libro tan inteligente como inquietante que sigue siendo *Gulliver's Travels* (1726), del atribulado Jonathan Swift. El libro está construido en base a un ejercicio de extrañamiento que va colocando al famoso protagonista de la obra —el honesto *in extremis* Lemuel Gulliver— frente a alteridades cada vez más extrañas, diversas y desmesuradas que conoce entre los viajes y naufragios sucesivos que sufre en ultramar: los míseros liliputienses, con sus diminutas luchas y enormes mezquindades; los gigantes de Brobdingnag, cuyas falencias resultaban aún más repugnantes dado su enorme tamaño; los perniciosos sabios de la academia de Lagado, que viven entre ruinas mientras pierden el tiempo con experimentos irracionales que las agravan; los espíritus de los personajes antiguos y modernos convocados en Glubbdubdrib, que demuestran la mendacidad tras la idea de una acumulación progresiva de conocimiento; los struldbruggs, inmortales pero decrépitos e inútiles; o los Houyhnhnms, los más virtuosos de los seres del mundo, que resultan ser estoicos caballos parlantes. Por último, la radicalización del extrañamiento lleva a Gulliver a alienarse del propio género humano, cuando hombres y mujeres son redefinidos como los bestiales y despreciables *yahoos* que poblaban el reino de los nobles equinos. Su regreso a Inglaterra está así determinado por esta enajenante conciencia de saberse miembro de una sociedad de bestias crueles, desterrado por ello de la estoica república ecuestre que termina siendo una utopía monstruosa, imposible, impiadosa.

El análisis de Paredes rescata la influencia que el zumbón Luciano de Samosata (quien vivió y escribió en el siglo II de nuestra era) tuvo durante buena parte de la modernidad clásica. Ejemplo por excelencia de lo que podríamos llamar una versión "clásica antigua" del extrañamiento y del escepticismo burlón, Luciano estableció el modelo de la parodia a los relatos de viaje —en sus *Narraciones Verídicas*— y de la crítica mordaz al *status quo* y la religión —en sus diálogos y ejercicios retóricos—. Su fama en la modernidad se extendió a discípulos tan aventajados como Thomas More, Erasmo de Rotterdam, Francisco de Quevedo, Cyrano de Bergerac, Voltaire y, por supuesto, Jonathan Swift. La perspectiva de Rogelio sobrepasa la obvia constatación del modelo lucianesco presente en *Los viajes de Gulliver.* Pero seguir el hilo de los clásicos —a quienes Swift consideró siempre superiores a sus contemporáneos— lo llevó a formular una perspectiva original sobre su obra y biografía.

De esta forma, las ambiciones y las potencialidades de los hombres de la modernidad, representadas en el espejo satírico de las distintas alteridades que visita Gulliver, no solo podían verse amargamente frustradas al liberarse al mundo. Eran, más allá de su realización o fracaso, la causa misma de la destrucción personal y colectiva, encarnaciones de la desmesura clásica actualizada en la forma de la razón instrumental moderna. Ésta abría "el camino hacia la desmesura, hacia lo ilimitado de capacidades terribles que sólo pueden procurar al hombre, en el mejor de los casos, una angustia interminable, en el peor, su simple pero inapelable autodestrucción". Acción todavía más siniestra y alienante si, como Swift parece sostener, aún los hombres más moderados y sinceros no podían escapar de ello al carecer de "otro medio de procurarse el sustento más que agregando desorden, artificio y avidez a ese mundo social" (p. 67). En *Pasaporte a la Utopía,* el extrañamiento se constata como un fenómeno propio del contexto social, de la biografía y de la obra de Jonathan Swift. Pero también como un dispositivo maestro que le permitió al agudo y desencantado deán de Dublín establecer las relaciones que unían la experiencia ultramarina y sus potencialidades, la valoración del legado clásico y la crítica descarnada a su propia sociedad.

El extrañamiento como método de investigación

El segundo aspecto que deseo recuperar del extrañamiento, siempre de acuerdo con mi interesada lectura de *Pasaporte a la Utopía*, es de índole disciplinar, vinculado con la labor historiadora. El historiador y geógrafo David Lowenthal tituló a su libro sobre usos del pasado *The Past is a Foreign Country*[4]. El título del libro resulta atractivo por esa doble imbricación espacial y de ajenidad que se le otorga al pasado, que resuena especialmente cuando la propia investigación está dedicada a estudiar experiencias y producciones culturales vinculadas con viajes a territorios lejanos y por ello, extraños.

Tomar al pasado como algo distinto a quienes lo abordamos desde el presente es el primer requisito del trabajo historiador. En efecto, el pasado se constituye como un objeto de investigación en la medida de que podemos percibir y analizar la ruptura, la discontinuidad, la ajenidad respecto de nosotros mismos. Las clases que tomé con Rogelio y *Pasaporte a la Utopía*

4 David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 1985). Lowenthal tomó la metáfora de una novela de L. P. Hartley, *The Go-Between* (London: Hamish Hamilton, 1953).

fueron el primer visado que necesité para entrar en esos remotos países extraños del pasado: me enseñaron a desarrollar la sensibilidad necesaria para apreciar las diferencias temporales, con el desafío de analizar históricamente obras consideradas clásicas y por ello, transhistóricas. En el curso de sus seminarios, Rogelio comentó alguna vez cuánto le había servido estudiar tres años de griego antiguo —obligatorios cuando cursó sus estudios en Filosofía y Letras— para ejercitarse en la percepción de la alteridad. Por supuesto, hay muchos otros caminos para cultivar ese "sentido de lo ajeno", pero lo cierto es que *Pasaporte a la Utopía* ejemplifica bien esa aguda conciencia del extrañamiento desplegado como herramienta hermenéutica para encarar al pasado.

Pero hay aquí una cosa más que decir. Si el pasaporte habilita el acceso al país extraño, también permite salir y regresar al propio. Es una verdad de Perogrullo resaltar el hecho de que las preguntas que le formulamos al pasado están ligadas a nuestro presente, donde vivimos, nos relacionamos y construimos un primer marco de referencia para evaluar lo cercano y lo lejano, lo propio y lo ajeno. El extrañamiento hacia el pasado se edifica necesariamente en relación con ese presente vivido y contemporáneo. Podríamos hablar, de nuevo, de una dialéctica de reconocimiento y extrañamiento, pero ahora para pensar el trabajo historiador que vincula pasado y presente. *Pasaporte a la Utopía* explora esta articulación, al identificar las tensiones entre lo cotidiano y lo ajeno —elementos constituyentes de la estética de la modernidad— entre nosotros mismos. Una vez agotadas las pesadillas de la razón y la sinrazón de los dos siglos pasados, Paredes concluye que "esta privatización de los individuos, esta crisis de las significaciones imaginarias, como el progreso o la revolución, en fin, este 'avance de la insignificancia' en nuestra época, nos pone más cerca del siglo XVIII que del XIX y del XX" (p. 174)[5]. Esta cercanía, controlada con el extrañamiento, le permitió comprender mejor esta literatura que, entre 1680 y 1780, se conformó junto a individuos cuyos logros de adaptación "se transforman, en razón de la violencia de los cambios del entorno, en verdaderos escollos para la eficaz pertenencia a un mundo que debería haber sido el propio, pero ya no lo es" (p. 14).

5 No se me escapa que en el contexto argentino de 2001-2002 esta forma de pensar la modernidad clásica está fuertemente vinculada con su propio contexto de formulación, así como vuelve a serlo, veinte años después, en nuestra actualidad local y mundial. Condenados como parecemos a estos *interesting times* (aciagos para científicos y docentes, para todos los que quieren dotar de herramientas para pensar y criticar este estado de cosas), *Pasaporte a la Utopía* es también una guía de supervivencia, un precioso mapa de rumbos, bajos y corrientes para poder navegarlos.

La historicidad profunda de *Pasaporte a la Utopía* —tanto en el desarrollo de la investigación como en lo que muestra respecto de nuestro oficio— lo convierte en un libro que nunca está fuera de esos quince o veinte que tengo sobre el escritorio. Pero más allá de ello, releerlo es volver a encontrar la voz del maestro, sus lecturas, descubrimientos, intuiciones y sospechas, que siguen atizando mis propias inquietudes y temas de investigación. Y veinte años después, reafirma mi decisión de haber sacado un pasaporte que me permitió atisbar, desde la inquieta atalaya de nuestro oficio, mundos y problemas lejanos y próximos a la vez.